BECQUER: VINCULO LITERARIO ENTRE LARRA Y EL 98 *

1. Punto de partida

Lo primero que el nombre de Bécquer suele traer al recuerdo son sus magníficas *Rimas,* y luego uno piensa en sus *Leyendas.* Sin embargo, nadie piensa en él como un gran periodista en el concepto que el término tiene en el siglo XIX, distinto del actual de repórter. El concepto decimonónico de periodista equivale al de ensayista, género que se desarrolla a partir del último tercio de la centuria anterior como género específico con leyes amplias, positivas y claras. Nadie hasta el presente, que yo sepa, lo ha considerado el eslabón central de la cadena literaria ensayística que parte de Larra, pasa a los de la generación de 1898 y continúa con Ortega y Gasset y otros. La crítica que se viene ocupando del 98 alude a la existencia de ciertas relaciones del grupo con Larra, sin mencionar siquiera la posible continuidad intermedia. Los estudiosos de la obra de Bécquer prestan su atención y admiración a una parte de su temática y formas, pasando por alto otras no menos importantes, como el ensayo. Los únicos que se ocupan de Gustavo en el aspecto periodístico son Gregorio Marañón, en *Bécquer periodista y el periodismo en el siglo XIX,* Rafael de Balbín en *Poética becqueriana,* y John H. Hartsook, en «Bécquer: serious costumbrista, or dabbler?», en la revista *Hispania,* sin que ninguno de ellos profundice en el asunto y sin tocar el problema que aquí se trata.

Bécquer es periodista con concepto de su profesión como fin, y lo mismo que anteriormente Larra y más tarde Azorín, Unamuno y otros varios, cree que la prensa es una especie de iglesia militante. Al igual que ellos, piensa que periodismo es amor a la verdad; es el arte difícil de valorar la actualidad y de la noticia, por consiguiente, es una de las más elevadas y puras vocaciones del hombre. En tal profesión recorre todos los escalafones: redactor, cronista, colaborador y fundador, siendo en todos ellos maestro indiscutible. Si la situación del

* Mi agradecimiento a la University of Utah Research Fund por su generosa ayuda para la realización de este trabajo.

escritor público es, en general, tan comprometida, delicada y difícil, en España, sobre todo durante el siglo pasado y una buena parte del presente, es mucho más desagradable e ingrata. Ya «Fígaro» lo había expresado magistralmente al decir que «escribir en España es llorar». Bécquer similarmente tiene que llorar cuando escribe, pues es el heredero directo como periodista de aquel desesperado, y como él, considera el periódico, además de un instrumento informativo y político, un medio poderoso de divulgación y formación cultural. Tal concepto se transmite a los noventaiochistas y a través de ellos se perpetúa en los espíritus sinceros y delicados del mundo hispánico. Gustavo es muy consciente de esa afinidad suya de sufrimiento por España con Larra, que proclama a los cuatro vientos:

> Y es que los médicos sólo saben de las dolencias materiales, sensibles; pero de las del alma, las producidas por el fracaso de una ilusión o por la muerte de un sentimiento, de ésas no saben nada, ni siquiera se atreven a creer en ellas. Larra, cuyas obras me enseñaron el dolor, define muy bien estos estados, acaso porque nadie como él sintió desgarrado su pecho por un inapagable deseo. ¡El amor mata, aunque no mata a todo el mundo! ¡Cuántas cosas me revelaron estas sabias palabras! (1).

Aquí se refiere primordialmente al inapagable deseo de la renovación de España y también el dolor que produce el amor frustrado a una mujer, aunque este aspecto no le relaciona tanto con Larra. España es el tema que más los une, y en la obra de Bécquer la luz y el calor de España se manifiestan en amplios ciclos temáticos, desenvueltos a lo largo de quince años de periodismo. Además de esa admiración literaria de Bécquer por «Fígaro», de sus semejanzas de espíritu y ansiedades, que establecen unas corrientes de afinidad entre ellos, los unen las circunstancias de la vida. El azar hace que Gustavo nazca el año anterior a que suene el pistoletazo que pone fin a la vida de Larra, cruzándose así en un mismo escenario sin poder conocerse personalmente. Ambos conocen el infortunio y ambos coinciden en la disconformidad con su siglo, si bien los dos siguen distintos caminos: «Fígaro», el de la queja con rebelión; Gustavo, el del lamento y suspiro sin rebelarse.

A partir de 1851, momento de prueba para él, ya que pasa unos tres años que son los más duros y estrechos de su vida, Bécquer vence el temor a las exigencias de la labor periodista cotidiana y comienza a escribir artículos de periódico, en los que presenta un amplio panorama de la sociedad española desde la época medieval a sus días. Desde 1865

(1) GUSTAVO ADOLFO BÉCQUER: «La fe salva», *Obras completas*. Aguilar. Madrid, 1950, p. 967.

hasta el final de su vida intensifica más y más su producción periodística; casi sólo compone breves artículos de crítica literaria, de costumbres y algo de crítica político-social. Se puede decir que entonces el periodismo es su única dedicación. *La Ilustración,* cuando da la noticia de la muerte de su director en diciembre de 1870, el mayor mérito que le atribuye es precisamente su consciente y tenaz patriotismo. Larra también se había destacado en el periodismo con artículos sobre esos mismos temas y por idénticos motivos: su patriotismo.

El estudio de las costumbres siempre ofreció gran interés tanto desde el punto de vista del arte como desde el de medio de reconstrucción del pasado, aunque más en la época de Gustavo Adolfo, cuando apenas existe escritor que no recurra a este género. Correa Calderón, en su antología *Costumbristas españoles,* incluye entre autores como Larra, Mesonero Romanos, Cervantes, Cadalso, Pérez Galdós, Azorín y Unamuno selecciones de Bécquer. Sin embargo, no se puede considerar al último simplemente un escritor de costumbres, como tampoco se puede concebir así a «Fígaro» ni a Azorín ni a Unamuno. Las costumbres son el instrumento con que presentan la vacuidad, la insistencia desoladora que constituye la vida española. Conscientes de su deber, proclaman el derecho que tienen de expresar a los demás públicamente sus impresiones y sus ideas, sugeridas por el estado actual de cosas, derecho que en su país le pretenden quitar:

> Pero nosotros —dice Bécquer—, aun cuando deploramos que la crítica, la verdadera, alta y seria crítica, tenga en nuestro país que mendigar la publicidad a los periódicos políticos..., todavía creemos tener un derecho, el derecho que se concede aun a los más ignorantes: el de hablar de las cosas sin más pretensiones que dar cuenta de la impresión que nos ha causado y las ideas que nos han sugerido (2).

Bécquer no considera arte el costumbrismo servilón, de retrato, el copiar la realidad que se ve y toca. No concibe lo sensible más que como el resultado de una labor oculta, y el objeto tiene valor sólo por lo que en él hay de alusión al recentar secreto de lo que lo sensible es un estadio solamente. Tampoco es un innovador total, sino que sigue las sendas marcadas ya por otros románticos, e igualmente los que vienen después de él siguen las suyas. Lo que hace única la obra de Bécquer, tanto en poesía como en prosa, es precisamente esa originalidad de artista que sobresale como fuerza dinámica y el ser eslabón en la cadena que une el pasado de España con los del 98 y posteriores. Cuanto mejor se conoce al artista y a su obra más fácil resulta comprender que su espíritu y su ejemplo son la inspiración no sólo de la

(2) *Ibíd.,* «Cualquier cosa», p. 1038.

poesía, sino también del ensayo moderno españoles, que Bécquer es la clave de la literatura moderna. Aquellas andanzas en que describe la vieja Castilla y le da vida nueva recuerdan a «Fígaro» y sus antecesores y preceden a las de Galdós, Unamuno, Azorín, Machado, Ortega, etc. Además, constituye una de las importantes aportaciones de la literatura española. Gustavo Adolfo no sólo siente de modo semejante a Larra y escribe sobre los mismos temas en forma similar, sino que a veces incluso titula sus artículos idénticamente, por ejemplo: «El día de difuntos», «El carnaval» y otros.

La lápida de azulejos colocada en la casa número 25 de la calle Claudio Coello dice así: «En esta casa murió, el 22 de diciembre de 1870, Gustavo Adolfo Bécquer. El poeta del amor y del dolor.» Es precisamente ese dolor causado por la tragedia de España y ese sentimiento de amor sincero hacia el pueblo en que le tocó nacer, que le une en el pasado con otro espíritu alejado por el dolor de la patria que amaba con ternura, Larra, y en el futuro, con los de la generación del 98. Sin embargo, este dolor de Bécquer toma acentos propios y ángulos de visión personales, porque es muy sincero y verdadero, como lo es el de su precursor y el de sus continuadores, todos los cuales tienen también sus notas y visiones personales. Gustavo en su prosa se desborda y dice lo que siente de mil formas diferentes, manifestando más netamente que en el verso quizá su extraordinaria cualidad de percibir lo que para los otros pasa desapercibido. Lo mismo que antes «Fígaro» y los noventaiochistas después, se desinteresa por la geografía simplemente física y se preocupa por las cosas como entidades sentimentales; revive esa sensibilidad básica del hombre a través de los tiempos. Sus páginas revelan un hombre superior, artístico, incapaz de hacer con villana insistencia la ostentación de su amargura, y en vez de quejarse, la mayor parte de las veces, por ser espíritu selecto, acepta la condición trágica de su propia vida. Nunca gozará esa especie de placer que tan abundantemente experimenta el hombre trivial, pero en el alma de Bécquer hay siempre una esperanza en España y una reacción optimista, la cual le falta a Larra y a los del 98. Los únicos de este grupo en que aquí me concentro al exponer las relaciones del 98 con Bécquer son Unamuno y Azorín, pues ambos constituyen lo más destacado del ensayo en su generación.

2. El pasado y el paisaje nacional

Las modalidades que adopta el tema de España en la prosa de Bécquer, como antes en la de Larra y después en la de los del grupo noventaiochista, son muy diversas. En primer lugar afirma el pasado

español, mediante el cual se propone levantar la España antigua, con el fin de oponerse a la decadencia española de su tiempo. No quiere esto decir que para él la Historia es solamente el pregón de los hechos gloriosos, sino también el melancólico fluir de los seres y de las cosas, el anónimo acontecer de la humanidad en marcha. Más que un filósofo de la Historia, Bécquer es un sensitivo de ella, que recoge en formas literarias las tradiciones de España:

> ... pero ya ha llegado la hora de la gran transformación, ya que la sociedad, animada de un nuevo espíritu, se apresura a revestirse de una nueva forma, debíamos guardar, merced al esfuerzo de nuestros escritores y nuestros artistas, la imagen de todo eso que va a desaparecer, como se guarda después que muere el retrato de una persona querida (3).

Hace de lo castizo su objeto, su materia, sin convertirlo en su obra, lo cual nada más reproduciría la sensibilidad de una época pretérita, interesante sólo a los individuos que a ella pertenecieron; sería un escritor casticista, no castizo. Ser un escritor castizo significa que es espontáneo, que penetra en la profunda e inapreciable sustancia de su raza, según expresión de Ortega, y la transmite a la posteridad. Ser casticista es no ser artista, sino más bien un normativo, un formulista, un imitador de las formas artísticas inventadas por otros. Bécquer es realmente un amante del verdadero espíritu del pasado español, y despreciarlo le parece el producto natural de la ignorancia:

> ... ¡quién sabe si nuestros hijos, a su vez, nos envidiarán a nosotros, doliéndose de nuestra ignorancia o nuestra culpable apatía para transmitirles siquiera un trasunto de lo que fue un tiempo su patria! ¡Quién sabe si cuando, con los años, todo haya desaparecido, tendrán las futuras generaciones que contentarse y satisfacer su ansia de conocer el pasado con las ideas más o menos aproximadas de algún nuevo Cuvier de la arqueología, que, partiendo de algún mutilado gesto o una vaga tradición, lo reconstruya hipotéticamente! (4).

Ahora bien, su fervoroso entusiasmo por el pasado de España no le induce a ignorar el presente. Todo lo contrario, se duele de la pérdida del arte popular y las costumbres; se queja de la falta de preparación histórica de los artistas y de la crítica, produciéndole tal decadencia patria un profundo dolor:

> Por eso, al contemplar los destrozos causados por la ignorancia, el vandalismo o la envidia durante nuestras últimas guerras; al ver todo lo que en objetos dignos de estimación, en costumbres peculiares y pri-

(3) *Ibíd.*, «Carta IV», *op. cit.*, p. 554.
(4) *Ibíd.*, p. 552.

mitivos recuerdos de otras épocas se ha extraviado y puesto en desuso de sesenta años a esta parte..., un sentimiento de profundo dolor se apodera de mi alma, y no puedo menos de culpar el descuido o el desdén de los que a fines del siglo pasado pudieron aún recoger, para transmitírnoslas íntegras, las últimas palabras de la tradición nacional estudiando detenidamente nuestra vieja España, cuando aún estaban en pie los monumentos testigos de sus glorias, cuando aún en las costumbres y en la vida interna quedaban huellas perceptibles de su carácter (5).

El hecho de que Bécquer ame la tradición no indica que admire lo viejo, o sea lo que no ha tenido nunca consistencia de realidad o sólo la ha tenido en un momento dado para dejar de tenerla luego: las prácticas viciosas de la política española, la incompetencia, el nepotismo, el caciquismo y la palabrería. Por el contrario, protesta contra todo ese irrompible ambiente, como más tarde protestarán los continuadores de esta cadena de escritores obsesionados con el problema de España, principalmente los de la generación del 98. Estos también sienten admiración por las pasadas épocas, por la tradición, por la sustancia de la raza española, rechazando lo viejo tal como aquí se define. Uno de sus miembros más importantes, Azorín, dice que pertenecen a una generación histórica a la cual el tiempo concreto le sirve como de trampolín para pasar al tiempo abstracto. Su misión es la continuidad que exige renovación, de ahí su preocupación por el presente y su dolor por la decadencia de la patria:

La generación del 98 es una generación histórica y, por tanto, tradicional. Su empresa es la continuidad. Y viniendo a continuar se produce la pugna entre lo anterior y lo que se trata de imponer. El hecho es lógico. No hay verdadera y fecunda continuación sin que algo sea renovado (6).

Aman los pueblos antiguos y el paisaje, tratan de revitalizar a los escritores primitivos, se declaran románticos, les atrae el misterio y sienten el destino desdichado de la patria; pero no pretenden reducir la España del presente a la de un siglo o dos pasados. Probablemente es Azorín el que de todos ellos se halla más cercano a Bécquer en este aspecto. Larra, por quien tanto entusiasmo muestran Gustavo Adolfo y los noventaiochistas, también se preocupa por el pasado español, como precedente y causa del presente, para él tan triste y penoso.

Entre los numerosos aspectos que conectan a Bécquer con Larra y a los del 98 con él, en conexión con el tema de España, se puede

(5) *Ibíd.*, pp. 551-552.
(6) AZORÍN: «Punto esencial», *La generación del 98*. Ediciones Anaya. Salamanca, 1961, p. 54.

mencionar primeramente su visión del paisaje castellano. En la literatura española el gusto por el paisaje es muy antiguo; lo único nuevo en esto es el sentido de ese paisaje. Todo el grupo de escritores que aquí se estudian tiene el concepto de que la geografía es la base del patriotismo bien entendido. Según ellos, no se puede amar bien al propio país si no se le conoce bien, y esto exige el sentir el paisaje. A Bécquer la tierra española, Castilla, le ofrece el espectáculo de una extensión árida, desértica y sin horizontes, compuesta de cosas rendidas, moribundas como una vasta ruina tendida de mar a mar. Por eso el día de la inauguración del ferrocarril de Madrid a San Sebastián, cuando sale de la corte, sofocado de calor, en el tren inaugural, a medida que se va alejando de la ciudad le va desfilando ante sus ojos el interminable panorama de la meseta:

> ¡Hace un calor insufrible! Sudo sin moverme. A un lado y otro de la vía se descubre por todo horizonte una faja de terreno árido y pardusco, con algún que otro arbolillo raquítico y tortuoso. Por las ventanillas del coche... entra... un verdadero *simoun* de polvo y arena.

Y dos páginas más adelante continúa esta triste descripción:

> Pasa tiempo y tiempo y sigue la tierra llana de Castilla desfilando ante mis ojos como una cinta oscura e interminable, siempre del mismo color e idéntica forma. De cuando en cuando, una mancha oscura, una torre puntiaguda y las desiguales chimeneas de los tejados, que se destacan confusamente sobre la tinta parda del horizonte, anuncian la presencia de un pueblecillo (7).

Tan desoladores y desérticos como la tierra encuentra los pueblos y ciudades desparramados por ella; no le parecen más que tristes sepulcros de las antiguas glorias y tradiciones. En el presente se reducen sólo a pobreza y ruralismo, están muertos a la vida:

> Hoy no sé si se venderá algo en Medina, si habrá quien lo compre. Es triste recorrer en medio de la noche esta línea de ciudades que parecen otros tantos sepulcros, donde yacen nuestras glorias, nuestro poder y nuestras tradiciones de grandeza (8).

Mayor desencanto que esas poblaciones provincianas se lo produce la propia corte, que, en realidad, no es menos hostil a la sensibilidad de su espíritu que cualquier remota aldea de la meseta. Cuando llega

(7) BÉCQUER: «El caso ablativo», *op. cit.*, pp. 1018-1019 y 1022.
(8) *Ibíd.*, p. 1022.

por primera vez a Madrid de su natal Sevilla, la decepción que le produce el contraste de la realidad con lo que había soñado es enormemente grande y no puede menos de exclamar: «Ya estamos en la corte. He necesitado que me lo digan y me lo repitan cien veces para creerlo. ¿Es esto Madrid? ¿Es este el paraíso que yo soñé en mi aldea? ¡Dios mío! ¡Qué desencanto tan horrible!» (9). Sus expresiones de asombro recuerdan las de «Fígaro» cuando se pregunta: «¿Dónde está la España?» Aquí Madrid representa la nación entera atrasada, cerrada al extranjero, pobre e inculta. Más que corte le parece un cementerio, y cuando espera encontrar una ciudad bella, culta y llena de vida interior, reflejada en la alegría exterior, se halla con una nevera del alma: «Madrid, sucio, negro, feo como un esqueleto descarnado, tiritando bajo su inmenso sudario de nieve. Mis miembros estaban ya ateridos, pero entonces tuve frío hasta en el alma» (10). En medios tan distintos como son el campo y la ciudad siente la misma soledad. La España de su época es acremente hostil a la vida del espíritu, como lo había sido anteriormente y lo sigue siendo después.

Si se vuelve la mirada hacia atrás, se puede observar que Larra tiene una visión de Castilla muy semejánte a la de Bécquer. Nota el ruralismo, la extensión desértica, la pobreza y el atraso. Incluso coincide en el hecho de que al momento de contemplar la tierra, va de viaje, saliendo de Madrid asqueado con dirección a Mérida:

> El ruido se iba, por fin, apagando, y Castilla, entre tanto desarrollaba a mi vista el árido mapa de su desierto arenal, como una infeliz mendiga despliega a los ojos del pasajero su falda raída y agujereada en ademán de pedirle con qué cubrir sus macilentas y desnudas carnes...
>
> No eran ciertamente los pueblos los que podían estorbarme en el camino; viajando por España se cree uno a cada momento la paloma de Noé, que sale a ver si está habitable el país, y el carruaje vaga solo, como el arca, en la inmensa extensión del más desnudo horizonte. Ni habitaciones ni pueblos. ¿Dónde está la España? (11).

La miseria es la característica de la vida del pueblo español, y es un mal viejo. Los escritores del siglo anterior ya se habían compadecido de la penuria de los labradores. Pero también ve Larra que esta falta de vida del espíritu, del campo, domina en la ciudad, donde no hay grandeza de ideales ni amplitud de miras, sino que predomina una

---

(9) *Ibíd.*, «Memorias de un pavo», pp. 982-983.
(10) *Ibíd.*, «Prólogo a La soledad», p. 700.
(11) MARIANO JOSÉ DE LARRA: «Las antigüedades de Mérida», *Artículos completos.* Aguilar. Madrid, 1961, pp. 1402-1403.

sociedad abúlica. Por eso se pregunta qué hace en Madrid y se va de la corte:

> ¿Qué hago yo en Madrid..., en este Madrid, tan limitado como todas nuestras cosas...? ¿En este Madrid, que sólo se puede comparar en eso con nuestra libertad, dentro de la cual no puede uno aventurarse a moverse sin tropezar con una traba?... Fuera, pues, de Madrid... (12).

Si se mira hacia adelante, se ve que la generación del 98 tiene igualmente una gran preocupación por el paisaje castellano, y sus descripciones están dotadas de unas formas y sentimientos íntimamente relacionados con las de los dos románticos mencionados. Para Unamuno, por ejemplo, Castilla es asimismo una extensión llana, yerma, pobre e inculta: «¡Ancha es Castilla! ¡Y qué hermosa la tristeza reposada de ese mar petrificado y lleno de cielo!» El cuadro se completa con lo que dice unas líneas antes: «Recórrense a las veces leguas y más leguas desiertas sin divisar apenas más que la llanura inacabable, donde verdea el trigo o amarillea el rastrojo...» (13). Azorín reconoce que el paisaje de España es algo único, inconfundible e incomparable con el paisaje de cualquier otra nación europea. La miseria del país la representan las mulas, animal típico de la llanura española, híbrido de casa pobre, terco y símbolo del atraso:

> Las mulas son algo típico, consustancial de España. Las mulas son la visión de la llanura, vasta, gris. Allá, allá en la lejanía, sobre el cielo radiante, se columbra la silueta de una reata de mulas que arrastra lentamente, dando tumbos y retumbos, un grueso carro (14).

Pertenecen a una generación de excursionistas por la meseta y visitantes de las vetustas ciudades castellanas, que descubren y corroboran con la experiencia la continuidad nacional. Unamuno habla de Madrid como un lugar de la Mancha sin Quijotes, ni siquiera Sanchos; todos son Sansón Carrascos, curas, barberos y tipos similares. Azorín nos presenta el ruralismo, la pobreza y la incultura de sus habitantes, describiéndonos las escenas campesinas que le ofrecen sus calles y el lenguaje grosero de los madrileños:

> Las mulas son el espectáculo de todos los momentos en las calles de Madrid: un carro atascado en una cuesta empedrada de agudos y lucientes guijarros; vociferaciones de los carreteros; blasfemias; violentos gestos de cólera... (15).

---

(12) *Ibíd.*, pp. 1401-1402.

(13) MIGUEL DE UNAMUNO: «La casta histórica-Castilla», *Obras completas*, volumen III. Afrodisio Aguado. Madrid, 1958, pp. 211 y 210.

(14) AZORÍN: «Un pueblecito», *Obras completas*, vol. III. Aguilar. Madrid, 1961, p. 539.

(15) *Ibíd.*, p. 540.

3. Comunicaciones y hospedajes

En relación directa con el paisaje y sus habitantes se hallan las comunicaciones, que son las que unen un lugar con otro y facilitan la movilidad al individuo para contemplar la geografía y ponerse en contacto con sus semejantes, permitiendo el intercambio de ideas y sentimientos. Lo lamentable es que en la España de Bécquer, e igualmente antes en la de Larra y después en la de los del 98, estos medios están en un estado deplorable. A veces casi se puede decir que la situación ahora es relativamente peor que en la Edad Media. En el momento que el viajero de los días de Gustavo Adolfo se aleja un poco de los centros urbanos se encuentra ya sin vías de comunicación, por lo cual muchos lugares resultan prácticamente inaccesibles al hombre: «¡Qué vericuetos tan horribles y qué sendas tan impracticables! Esto no es camino de hombres, sino de cabras» (16). Eso contribuye en gran manera a que la mayoría de sus compatriotas sean tan poco dados a viajar; les sucede algo así como a los troncos de los árboles, que donde nacen se mueren. Pero incluso en las partes donde las facilidades locomotivas son mejores, las comunicaciones españolas son precarias en relación con la época y con el resto de Europa. Ni los caminos, aun los más modernos y mejores, ni los vehículos que los transitan son comparables a los de otros países. Es evidente que por su velocidad el ferrocarril significa un progreso sobre la silla de postas y la diligencia. Sin embargo, comparándolos con los extranjeros, los trenes españoles son enormemente lentos. Además, si Bécquer decide hacer un viaje, como el de Madrid al monasterio de Veruela, tiene que servirse de medios peculiares de tres eras de la civilización: contemporánea, moderna y media, representadas por el tren, la diligencia y la mula, según describe en la carta primera: «Los diversos modos de locomoción de que he tenido que servirme para llegar hasta aquí me han recordado épocas y escenas tan distintas...» (17). La primera etapa de su viaje es de Madrid a Tudela, que hace en los medios más modernos con que cuenta el país: el tren. No obstante, el ferrocarril español es tan incómodo, tan destartalado, tan lento y sucio que le crispa los nervios:

> La primera sensación que se experimenta al arrancar un tren es siempre insoportable. Aquel confuso rechinar de ejes, aquel crujir de vidrios estremecidos, aquel fragor de ferretería ambulante, igual, aunque en grado máximo, al que produce un simón desvencijado al rodar por una calle mal empedrada, crispa los nervios, marea y aturde (18).

(16) Bécquer: «Un tesoro», *op. cit.*, pp. 1103-1104.
(17) *Ibíd.*, «Carta I», p. 506.
(18) *Ibíd.*, pp. 506-507.

El segundo tramo de Tudela a Tarazona lo recorre en diligencia tirada por mulas, en vez de caballos, como se hace en el resto de Europa, costumbre heredada de los tiempos pasados: «Aún no había tomado los postres cuando el campanilleo de las colleras, los chasquidos del látigo y las voces del zagal que enganchaba las mulas me anunciaron que el coche de Tarazona iba a salir muy pronto» (19). El último trecho hasta el monasterio lo cubre a lomo de mula: «... héteme aquí otra vez en marcha y camino del Moncayo, atalajado en una mula como en los buenos tiempos de la Inquisición y del rey absoluto» (20). Este cuadro parece una réplica del de Larra, al cual hace referencia indirectamente, cruzando los Pirineos en compañía de un solo mulo llamado diligencia de Zaragoza a Olerón, cuando regresa de aquel viaje a Francia tan comentado. Pero los vehículos de alquiler que circulan por las calles de Madrid tampoco son más confortables que esos de largas distancias ni se diferencian en nada de los simones que describe Larra en «¿Entre qué gente estamos?» Las calles no se pueden llamar tales, sino que son más bien caminos:

> Mas para ir (al teatro) mandaré traer uno de esos instrumentos de tortura llamados coches de plaza, que más vale llegar descuadernado al teatro que andar pisando el sucio tapiz que cubre el pavimento de la coronada villa... (21).

La situación de transporte posteriormente es muy semejante, y los noventaiochistas, que forman un grupo de viajeros incansables, durante sus días tienen que recurrir a esos mismos medios, símbolos de las mismas tres épocas distintas. Así lo dice Azorín de una forma muy similar a la citada de Bécquer:

> La generación del 98 ha viajado. He ido yo y he venido en tren, en tercera, como Galdós, como Baroja. He ido en diligencia desde Jaén a Granada. He ido en expreso, en primera, de Madrid a San Sebastián. Y de Madrid a París. He ido a pie algunas veces de Monóvar... a la heredad familiar del Callado (22).

Los vehículos en los que viajan los hombres de este grupo son como aquellos de los días de Bécquer, pocos, lentos, malos y sucios, y así habían sido en la época de Larra, a quien menciona Azorín, quejándose de los coches de alquiler de Madrid: «Un coche de punto madrileño es un dechado de suciedad y destartalamiento... ¿Qué diría hoy Larra

---

(19) *Ibíd.*, p. 514.
(20) *Ibíd.*, p. 520.
(21) *Ibíd.*, «Haciendo tiempo», pp. 1276-1277.
(22) AZORÍN: «Los viajes», *La generación del 98*, p. 66.

de los simones asquerosos que tomamos en una esquina?» (23). El número y condición de vehículos debe ser proporcionado al de vías por las que circulan. En efecto, Unamuno dice que España escasea en vías, y las pocas que existen son malas, contribuyendo al aislamiento en que se hallan la mayoría de los pueblos de la Península. Sin embargo, los políticos hablan de muchos planes de construcción de medios de comunicación, pero, como siempre, en España no dan un paso hacia su ejecución: «...se habló del canal futuro, al que deseo barcos que entren y barcos que salgan; se habló del ferrocarril a Zaragoza y de otras muchas cosas» (24).

Ese atraso en las comunicaciones españolas, lo mismo que otros muchos aspectos de la vida del país, es muy antiguo, y «Fígaro» es el primero que se queja de la falta de carreteras y de carruajes. Por eso puede afirmar sin exageración, refiriéndose a Extremadura: «Encerrada entre Castilla la Nueva, Portugal y Andalucía, sin ríos navegables, sin canales, sin más caminos que los indispensables para no ser una isla en medio de España, sin carruajes ni medios de comunicación» (25). Y el resto del país está en igualdad de condiciones. Recuerda que poco antes de hacerse escritor, España ni siquiera tenía diligencias para viajar; era menester recorrer Madrid de posada en posada, preguntando por medio de transporte, y lo único que podía encontrarse eran coches de colleras, galeras, carromatos o acémilas, todos igualmente lentos. Luego se introducen las diligencias, que, comparadas con los medios anteriores, suponen un progreso considerable en velocidad y comodidad. Con relación a las del extranjero, las diligencias españolas son lentas, primitivas y escasas, aunque las listas de los patios de diligencias son largas y numerosas: «Lea, pues, el curioso las tarifas y pregunte luego; verá como no hay carruaje para muchas de las líneas indicadas; vera además cómo los precios no son los mismos que cita el aviso» (26).

Todos estos escritores, desde el primero al último, consideran los medios de comunicación la clave de las interrelaciones humanas entre los pueblos más apartados, de la libertad y del progreso. Como dice Larra: «Sin diligencias, sin navíos, la libertad estaría todavía probablemente encerrada en los Estados Unidos» (27). Y Azorín considera que la mayor importancia de los ferrocarriles está en ser el medio de transporte que viene a revolucionar las relaciones humanas. Bécquer afirma que ese in-

---

(23) *Ibíd.*, «Rivas y Larra», *Obras*, vol. III, p. 428.
(24) UNAMUNO: «Guernica», *op. cit.*, vol. I, p. 100.
(25) LARRA: «Impresiones de un viaje», *op. cit.*, p. 1415.
(26) *Ibíd.*, «La diligencia», p. 282.
(27) *Ibíd.*, pp. 279-280.

tercambio es en gran manera provechoso para las sociedades desde todos los puntos de vista:

> La circulación de las gentes trae como consecuencia natural la circulación del dinero y, lo que es más importante, la de las ideas. Cambiar de horizonte, cambiar de método de vida y de atmósfera, es provechoso a la salud y a la inteligencia (28).

Desafortunadamente, los españoles, puesto que carecen de los medios de viaje, no circulan, no cambian de horizonte; son estacionarios, de ahí el estancamiento en que viven.

En condiciones tan precarias como las comunicaciones, siendo de tanta importancia para las relaciones sociales, se hallan los hospedajes españoles, llámense ventas, posadas o fondas, pues en esencia todas son igualmente repugnantes, sucias y viejas. Este mal, lo mismo que todos los males de España, es antiguo, y los escritores de casi todos los tiempos le prestan su atención. Pero es Moratín en el siglo XVIII quien primero lo revitaliza en su teatro y algo más tarde Larra en sus críticas, que son el comienzo inmediato de esta cadena de afinidades:

> ...esas posadas —dice «Fígaro»—, fieles a nuestras antiguas tradiciones, son por el estilo de la que nos pinta Moratín en una de sus comedias: todas las de la carrera rivalizan en miseria y desagrado, excepto la de Navalcarnero, que es peor y campea sola, sin émulos ni rivales, por su rara originalidad y su desmantelamiento... (29).

No se piense que sólo son malos los hospedajes que están para servir a los viajeros a la orilla de la carretera en lugares aislados, ásperos, con dificultades para obtener el servicio y abastecimientos necesarios, ni mucho menos. Todos son iguales, ya estén en hondas cañadas, en altos puertos o en grandes ciudades como Madrid. El lugar es lo de menos; la suciedad, la grosería, la miseria y el hambre abunda en todos ellos sin distinción local:

> —¿Quiere usted que le diga yo lo que nos darán en cualquier fonda adonde vayamos? Mire usted: nos darán en primer lugar mantel y servilletas puercas, vasos puercos, platos puercos, y mozos puercos sacarán las cucharas del bolsillo, donde están con las puntas de los cigarros; nos darán luego una sopa que llaman de hierbas..., estofado de vaca a la italiana, que es cosa nueva; ternera mechada, que es cosa de todos los días; vino de la fuente, aceitunas magulladas, frito de sesos y manos de carnero, hechos aquéllos y éstos a fuerza de pan; una polla que se dejaron otros ayer... (30).

(28) BÉCQUER: «Las segadoras», *op. cit.*, p. 1177.
(29) LARRA: «Impresiones de un viaje», *op. cit.*, p. 1416.
(30) *Ibíd.*, «La fonda nueva», p. 231.

Esto es lo que le ocurre a Larra, a cualquier fonda que vaya de Madrid; indudablemente, en las posadas y ventas de parajes aislados los escrúpulos serán menores y la suciedad será todavía mayor.

Bécquer, por dondequiera que vaya, se encuentra con cuadros semejantes, y al hablar de la venta que está entre Agreda y Tarazona, la llama barraca con honores de venta, en la que sólo se detienen los arrieros los días de calor a echar un trago. Se sorprende, cuando va en su viaje al monasterio de Veruela, que en el parador de Tudela le sirvan con limpieza, si bien la comida es pobre, como en todas partes. Sin embargo, en ese mismo lugar, tiene después ocasión de hospedarse en una posada, cuyo aspecto, por destartalada, sucia, desordenada y miserable, rivaliza con la de Navalcarnero, tan desagradable para Larra:

> ... llegamos a la posada...; el interior no parecía menos pintoresco.
>
> A la derecha, y perdiéndose en la media luz que penetraba de la calle, veíase una multitud de arcos chatos y macizos que se cruzaban entre sí, dejando espacio en los huecos a una larga fila de pesebres, formados de tablas mal unidas al pie de los postes, y diseminados por el suelo, tropezábase aquí con las enjalmas de una caballería, allá con unos cuantos pellejos de vino o gruesas sacas de lana, sobre las que merendaban, sentados en corro y con el jarro en primer lugar, algunos arrieros y trajinantes.
>
> En el fondo, y caracoleando, pegada a los muros o sujeta con puntales, subía a las habitaciones interiores una escalerilla empinada y estrecha, en cuyo hueco, y revolviendo un haz de paja, picoteaban los granos perdidos hasta una media docena de gallinas... (31).

Y cuando en su ensayo *La venta de los gatos* describe la venta de Sevilla de este nombre, da la misma impresión.

Si entre el tiempo de Larra y Bécquer no se nota diferencia ninguna de progreso por lo que a hospedajes se refiere, entre la época del último y la generación del 98, tampoco. Puesto que las circunstancias por que atraviesan los escritores son similares, y sus actitudes ante la vida se parecen, porque son espíritus afines, los temas que tratan y la forma de considerarlos son también muy similares. De ahí que cuando Unamuno, por ejemplo, se refiere a las fondas nos hace pensar inmediatamente en estos dos ensayistas precursores. No le parece que España tenga hoteles, que en la vida de los países adelantados desempeñan un papel primordial; a España le sobra con la posada de arrieros: «Posada del Dragón, Posada del León de Oro, Posada de San Isidro, Flor de la Mancha... Posadas, no hoteles. El pueblo allí se posa. Hotel, hostal... nos sabe a algo como hospital...» (32). La posada le es símbolo

(31) BÉCQUER: «Carta I», *op. cit.*, pp. 518-519.
(32) UNAMUNO: «En la fiesta de San Isidro Labrador», *op. cit.*, vol. I, p. 961.

de viejo, atrasado, sucio, primitivo. A Azorín le ocurre algo parecido; recuerda que las posadas tienen nombres castizos, igual que las ventas; describe el pobre aspecto que tienen, lo incómodas y nauseabundas que son, de una forma semejante a Bécquer:

> Las posadas llevan nombres tan castizos como los de las ventas. En Toledo tenemos la posada del Mirador; en Aranjuez, la de la Parra; en Cuenca, la del Sol; en Mérida, la de las Animas; en Salamanca, la de los Toros... Tal posada tiene un balconcillo con los cristales rotos sobre la puerta; tal otra tiene un zaguán largo y estrecho, empedrado de puntiagudos guijarros. En los cuartos de las posadas hay unas camas chiquitas y abultadas; ... en las maderas de las puertas se ven agujeros tapados con papel, y las fallebas y armellas se mueven a una parte y a otra y cierran y encajan mal. Se percibe un olor de moho penetrante... (33).

Tal es la pena que a todos le causa el estado de las posadas españolas, que podrían exclamar en sus respectivas épocas lo que exclama melancólicamente Azorín: «¡Oh ventas, posadas y fonditas estruendosas y sórdidas de mi vieja España!» (34).

4. Los toros

Otro aspecto tan peculiar de aquella España y tan reprochable en una sociedad culta como los anteriormente aludidos son los toros y la forma de su ejecución. Mientras los otros pueblos se divierten e instruyen en el teatro, carreras de caballos y otros deportes, el español muestra su grosería, su crueldad y falta de sentido de humanidad en la plaza de toros. Tal situación viene molestando ya desde tiempos bastante anteriores a muchos espíritus sensibles y patrióticos, los cuales incesantemente protestan contra los toros y los ridiculizan. Uno de esos espíritus que no puede sufrir callado los tormentos del toreo es Quevedo en su *Epístola satírica y censoria*. Entre los periodistas, el primero, Larra dedica todo un artículo a la condena de la lidia por el aspecto de barbarie que ha tomado y el aumento de medios de atormentar al animal y con ello a los espectadores de alma sensible:

> Pero si bien los toros han perdido su primitiva nobleza; si bien antes eran una prueba del valor español, y ahora sólo son de la barbarie y ferocidad, también han enriquecido considerablemente estas fiestas una porción de medios que se han añadido para hacer sufrir más al animal y a los espectadores racionales: el uso de perros..., el de los caballos..., el uso de banderillas sencillas y de fuego... (35).

---

(33) Azorín: «Castilla», *Obras*, vol. II, pp. 678-679.
(34) *Ibid.*, p. 681.
(35) Larra: «Corridas de toros», *op. cit.*, pp. 151-152.

Para ver tal escarnio, el lunes los madrileños se precipitan en el medio de transporte que tienen a mano: coches, calesas, calesines y caballos, y se dirigen a la plaza. Una vez allí parece que se sienten orgullosos de no tener entrañas. Estos espectáculos no son frecuentados sólo por hombres del pueblo bajo, sino que a ellos concurren los españoles de todas las clases, incluso las damas de la más alta alcurnia, las cuales suelen ser las más exigentes en crueldad:

> Hasta la sencilla virgen que se asusta si ve la sangre que hizo brotar ayer la aguja de su dedo delicado; que se desmaya si oye las estrepitosas voces de una pendencia..., se esmeran en buscar los medios de asistir al circo, donde no sólo no se alteran ni de oír aquel lenguaje tan ofensivo que debieran ignorar eternamente..., ni se desmayan al ver vaciarse las tripas de un cuadrúpedo noble, que se las pisa y desgarra, sino que salen disgustadas si diez o doce caballos no han hecho patente a sus ojos la maravillosa estructura interior del animal... (36).

Así ve él los toros, una función bárbara, a la que asisten espectadores retrógrados, de espíritu manchego de tierra adentro, atrasados.

Cuando se lee a Bécquer en lo referente a los toros, tema que toca en varias ocasiones, a veces parece que, al contrario de Larra, le gusta ir a las corridas y que se divierte, especialmente si le toca sentarse al lado de una mujer bonita, que allí siempre parece más bella. Incluso da la impresión que defiende este espectáculo:

> Es necesario ver una corrida de toros al lado de una mujer bonita para saber lo que son los toros; allí quisiera yo encontrar a los detractores de este espectáculo; allí quisiera yo ver a los sensibles y preguntarles qué les parece la horriblè fiesta.
>
> Las mujeres aficionadas a los toros tienen en la plaza una alegría que en vano les buscaréis en ninguna otra parte; la animación del circo, el bullicio del concurso, los rayos del sol, el azul del cielo, los sonidos de la música, los vivos colores del traje de los diestros, la animación general, el entusiasmo; todo, todo se retrata en el rostro de ciertas mujeres en las tardes de toros (37).

Sin embargo no es tal; lo que sucede es que Gustavo, como sevillano, tiene un instinto especial para mirar el arte taurino, ya que Sevilla es el centro del toreo y cría para el ruedo los bichos más bravos de toda la Iberia, los Miura, que él menciona. Como poeta, sabe sentir la belleza del atuendo que trae consigo la fiesta brava, que es lo que describe y admira al contemplar aquella beldad, cuya belleza resalta en la tarde de toros. Pero en el fondo desprecia tanto como «Fígaro» la crueldad del drama mismo. Y cuando piensa en la muerte trágica de

(36) *Idem.*
(37) BÉCQUER: «Cualquier cosa», *op. cit.*, pp. 1051-1052.

los caballos, por ejemplo, que, por no servir para otra cosa, son condenados a morir en las astas de un toro, Bécquer se estremece, los compadece y melancólicamente dice:

> ... ¿qué pensarán estos animales en el fondo de su confusa inteligencia, cuando en medio de la plaza se muerden la lengua y expiran con una contracción espantosa? En verdad que la ingratitud del hombre es algunas veces inconcebible (38).

Por eso él mismo clarifica, para no ser mal entendido, que asiste y le agradan los toros en la parte que tienen de deporte; por lo demás, no deja de reconocer que como espectáculo es bárbaro: «... amamos y creemos útiles todos los ejercicios del *sport*..., por lo que asistimos con placer a las corridas de toros, sin dejar de confesar que es un espectáculo un poco bárbaro» (39).

Esta tendencia de considerar los toros un espectáculo sangriento e inhumano continúa entre los ensayistas que aparecen después de Bécquer; entre ellos los del 98, los cuales tratan el tema de una manera muy similar. Unamuno encuentra que la plaza de toros sirve de desahogadero a los españoles: «La plaza de toros es la escuela y a la vez el desahogadero de la mala educación y de la grosería españolas» (40). Llega a afirmar que el Gobierno favorece las corridas porque el día de toros hay menos puñaladas en las calles de Madrid, pues el pueblo encerrado en la plaza descarga sus instintos inhumanos en el espectáculo. Si los toreros se niegan a torear, la Policía los lleva escoltados a la plaza y los obliga a lidiar. Las mujeres ya no sólo asisten a las corridas, sino que toman parte directa en la lidia misma, y el público acude en mayores cantidades, excitado por la curiosidad:

> Habíase anunciado que torearía en la plaza una señorita torera —¡pobrecilla!—... Acudió público con la malsana y perversa curiosidad con que se acude a estas cosas, acudió público al reclamo de una fiesta bochornosa... (41).

Azorín también muestra disgusto por los toros, considerándolos un espectáculo cruel que no afirma el ánimo en el valor, como pretenden hacer ver los celosos defensores del toreo: «Los toros son brutalidad y barbarie. ... Se dice que los toros sirven para *afirmar el ánimo en el valor*. ¡No! Los hombres más sangrientos... serán siempre más bárbaros e inhumanos...» (42).

---

(38) *Ibíd.*, «¡Es raro!», p. 379.
(39) *Ibíd.*, «Cualquier cosa», p. 1057.
(40) UNAMUNO: «A propósito del toreo», *op. cit.*, vol. XI, p. 894.
(41) *Ibíd.*, «Vivir para ver», p. 406.
(42) AZORÍN: «Un pueblecito» *Obras*, vol. III, p. 541.

España es para esta cadena de escritores un problema que todos ven de manera semejante en sus épocas respectivas. Para salvarla es necesario un cambio rotundo y urgente; está atrasada, encerrada en sí misma, y su sistema es rutinario; le urge incorporarse al movimiento general, abrirse al exterior e importar nuevas ideas. No puede llegar a esto si no cuenta con libertad de acción y, sobre todo, libertad de imprenta para que puedan llegarle las noticias de lo que pasa fuera, para que los escritores públicos nacionales puedan poner al pueblo al corriente de la marcha del país y criticar, si es necesario, al Gobierno. La libertad es, en una palabra, la madre del progreso; pero los retrógrados sistemas absolutistas bajo los que viven estos escritores no lo juzgan así y los oprimen, como dice Bécquer, más que los patricios a los esclavos de la antigua Roma:

> ... nos pondríamos aunque no fuese más que la mano por delante de los ojos y, fingiendo la voz para que el señor Bugallal no nos conociese, le daríamos una broma a alguno de los hombres que ocupan el poder.
>
> Pero la condición de los escritores es peor que la de los esclavos.
>
> A ellos, en la antigua Roma, les era permitido en esta época desquitarse del silencio y las humillaciones de un año en un día de libertad sin límites.
>
> ... ...
>
> A nosotros ni aun este sueño de libertad se nos permite, y es lástima, porque un día... el Gobierno oiría muchas verdades que acaso le fuesen útiles, y el país muchas cosas que sin duda le sirvieran de una gran lección (43).

Sin la libertad de imprenta y sin abrirse al exterior, según Bécquer, que proyecta en su obra un atento y moderado espíritu europeo, España permanecerá estancada. Pide una regeneración nacional, una patria mejor y, como en el interior no existe más que el caos por todas partes, tiende su mirada hacia Europa entera, si bien por experiencia sólo conoce Francia. Reprocha la actitud de los españoles que rechazan todo lo que no sea puramente español, creyéndose así más españoles. El no lo ve de esa manera; opina que se puede ser muy patriotas, pero sin tales exageraciones. Sostiene que el verdadero patriotismo consiste en reconocer la realidad patria: apreciar lo bueno y deplorar lo malo, proponiendo medios para corregirlo, sin preocuparse de su procedencia:

---

(43) BÉCQUER: «El carnaval», *op. cit.*, pp. 1138-1139.

Puede ser también que este egregio caballero pertenezca a la raza de los españoles *pur sang*, que detestan y aborrecen cuanto no tiene cierto sello, que ellos consideran como prueba de ardiente españolismo.

No vayan, ¡por Dios del cielo!, a creer nuestros lectores... que formamos parte entre los denigradores de nuestra Patria...

Nada más lejos de nuestro ánimo que abrigar semejantes ideas; somos españoles entusiastas, pero sin exageraciones, sin tonterías...

Conocemos y apreciamos lo que en nuestra Patria hay bueno y deploramos lo mucho que hay malo..., pero contribuyendo con todas nuestras fuerzas a aclimatar en ella todas las conquistas de la civilización, vengan de donde vinieren (44).

Proceder al revés, tal como hace la mayoría de los periódicos de su época; elogiar todo lo español, merezca o no la alabanza, lo considera un vicio, una injusticia y una falta de patriotismo sincero. Esta forma de pensar y de expresarlo tal como lo siente directa y claramente es tan semejante a lo que hace Larra, refiriéndose al mismo problema, que sería imposible parecérsele más sin calcarlo. Este dice que cuando critica a España no lo hace por hablar mal de ella, porque no la ama, todo lo contrario, porque la ama, porque desea salvarla, por eso tiene que decir la verdad: «No es esto que queramos hablar mal de España... Dios nos libre de semejante intención como de un manifiesto; nuestro objeto es retratarla y aun hacerle favor, si cabe» (45). Para que sea mejor tiene que incorporarse al movimiento progresista europeo, tiene que europeizarse. Sin embargo, admite que este proceso debe ser selectivo, aceptando sólo lo útil y rechazando lo perjudicial: «... nuestra intención... ha sido persuadir a todos los españoles que debemos tomar del extranjero lo bueno y no lo malo...» (46). Bécquer tiene muy grabadas en su mente estas y otras palabras de «Fígaro», pues no sólo deja casi una reproducción de ellas, como se ve más arriba, sino que en otra ocasión comenta, refiriéndose a esto: «"Fígaro"... y otros mil que no recordamos este momento, han combatido con las armas del ridículo esta funesta manía por imitar todo lo que viene de Francia...» (47).

En cuanto a la libertad, hay que decir que Larra es el prototipo de la defensa de la libertad del individuo y de imprenta. Le toca vivir en un momento de absolutismo intransigente, en el cual sólo impera la voluntad del tirano; pero se habla más que nunca de la libertad que goza el individuo, la cual no existe más que de nombre en el papel. Para él la libertad más importantes es la de la prensa. Opina

(44) *Ibíd.*, «Cualquier cosa», p. 1055.
(45) LARRA: «Ventajas de las cosas a medio hacer», *op. cit.*, p. 1124.
(46) *Ibíd.*, «El casarse pronto y mal», p. 184.
(47) BÉCQUER: «La 'Nena'», *op. cit.*, p. 1248.

que el hombre tiene derecho a pensar y transmitir a sus semejantes sus pensamientos. No obstante, en el presente momento, decir por escrito lo que se piensa puede ser un crimen, y el Gobierno inventa para evitarlo una mordaza para la prensa, la censura: «El monstruo de la política estuvo encinta y dio a luz lo que había mal engendrado... Nació la censura... Confieso francamente que no estoy en armonía con el reglamento; respétole y le obedezco; he aquí cuanto se puede exigir de un ciudadano...» (48). No está de acuerdo con la censura porque no sólo priva del derecho que tienen los hombres de su generación de saberlo todo, sino que también a la posteridad. Larra empieza la vida de escritor público en la época de Calomarde, cuya censura le cierra su primer periódico y las censuras posteriores no son más benignas con él. No obstante, no cobra miedo; como escritor público, se cree con la obligación de informar e ilustrar al pueblo y a insistir, enviando tres artículos nuevos por cada uno que le rechace la censura. Incluso está dispuesto a propagar oralmente sus doctrinas si es necesario y a sufrir persecuciones:

> ... en el último caso debe aprender de coro sus doctrinas y, convertido en imprenta de sí mismo, propalarlas de viva voz; sufrir, en fin, la persecución, la cárcel, el patíbulo si es preciso; convencido de que el papel de redentor sólo puede ser puesto en ridículo por el vulgo necio...» (49).

Después de Bécquer, los del 98 continúan manteniendo igualmente la necesidad de la libertad, sobre todo la de imprenta, para sacar a España de su letargo, de su atraso, y ponerla a la altura de los demás pueblos civilizados. Unamuno, por ejemplo, se queja de que, a pesar que le dicen constantemente que goza de plena libertad de emisión del pensamiento, se encuentra con la triste realidad de que no es tal. Si desea expresar la verdad pura tiene que recurrir a un lenguaje sutil, de doble sentido, ininteligible al pueblo para quien quiere escribir. Por eso pide la libertad de expresión que le niegan:

> Han proclamado nuestra libertad de emisión del pensamiento después de acotada y embargada la tierra toda espiritual de este pueblo; podemos expresar libremente nuestras ideas, pero clamando en el desierto, en lengua ininteligible al pueblo...; ¡fuera el freno al pensamiento y viva la libertad! ¡Viva la libertad de expresión!... (50).

Tan estricta censura origina una prensa insulsa y vacía, siendo un periódico la segunda edición del otro, en vez de su competidor. Unamuno

(48) LARRA: «Un reo de muerte», *op. cit.*, p. 1384.
(49) *Ibid.*, «El Ministerio Mendizábal», p. 1318.
(50) UNAMUNO: «A propósito del toreo», *op. cit.*, vol. VI, p. 899.

no puede callarse ante el abuso del censor; él no puede sufrir el bozal y continúa gritando a los cuatro vientos desde Salamanca. Entonces el Gobierno de Primo de Rivera lo destierra a Fuerteventura, pero no consigue hacerlo callar; sobre todo al escaparse, desde Francia ataca con más fuerza.

También piensan estos noventaiochistas que la única manera de que España va a mejorar, regenerándose y poniéndose a la altura de las demás naciones adelantadas, es abriéndose al exterior. Es decir, los españoles tienen que desprenderse de su exceso de localismo y falta de universalidad para europeizarse:

> Pues bien —dice Unamuno—, estos castellanos que me rodean y sostienen... encontrarán... sobremanera cursi ese «Comité» por la unidad moral de Europa. ¡Yo no!... ¡Yo no! Yo pido formar parte de ese Comité (51).

Azorín opina igualmente que la salvación de España depende de la comunicación con Europa entera. Pide que el Gobierno envíe a Francia, Alemania, Inglaterra e Italia, además de pintores pensionados, literatos y otros artistas. Tal intercambio es saludable y provechoso, y garantiza que son los del 98, como grupo, los que ven esta necesidad de comunicación, principalmente con la Alemania del momento: «España necesitaba comunicación estrecha con Europa. Nosotros veíamos entonces representada a Europa principalmente por Federico Nietzsche» (52). En otra parte expresa que los españoles deben mirar a Europa y tomar lo nuevo, pero no tal como lo encuentran, sino transformado de acuerdo con la tradición:

> Europa es la máquina y es la ideología. Sigamos todo el movimiento intelectual y científico y apropiémonos de todas las innovaciones del pensamiento en cuanto podamos, pero apropiémoslo...; hecho cosa nuestra, en nuestro espíritu (53).

Para todos ellos, Larra, Bécquer y los del 98, Europa significa la ideología. España tiene que seguir aquel movimiento intelectual y apropiarse de las innovaciones del pensamiento, pero integrándolo al ambiente español, haciéndolo cosa propia e integrándolo al espíritu hispánico. Les parece tonto tanto el creer sólo en la superioridad del pueblo provinciano donde se nace, como el pensar que sólo los otros países están adelantados. Son partidarios del justo medio; desean que los españoles preserven y respeten sus tradiciones, aunque sin exageraciones y sin cerrarse al adelanto que les llega de fuera.

---

(51) *Ibíd.*, «Más sobre el célebre Benítez», vol. XI, p. 346.
(52) AZORÍN: «Europa», *La generación del 98*. p. 60.
(53) *Ibíd.*, «Un pueblecito», *Obras*, vol. III, p. 542.

6. Observaciones finales

Se podrían considerar muchos otros puntos de relación entre los escritores de que aquí me vengo ocupando. La crítica literaria es uno de ellos y de no poca importancia, pues Larra es el primer crítico literario español en el sentido moderno. Ve la literatura como algo vivo, y su crítica, aunque incipiente todavía, revela una comprensión más amplia y sagaz que la de sus precursores y contemporáneos. Reconoce al alemán Schlegel como el iniciador de la nueva crítica y a Nicolás Böhl de Faber como a su introductor en España. Sus ideas estéticas y literarias las expresa en su artículo «Literatura». Admite que España había tenido una época próspera en todos los aspectos de la vida, sucumbiendo porque nunca quiso transigir con las innovaciones filosóficas que habían despertado en Europa la libertad de pensamiento. La literatura es para él la expresión y la medida de la civilización de un país, hallando que la literatura española de sus días está por tierra, carece de ideas luminosas, de sinceridad, y su poesía es inocente y recargada de falsos oropeles. Opina que la verdadera poesía debe ser todo lo contrario, es decir, sencillez, verdad y elegancia. «Es lo mejor que hay escrito en castellano y en cualquier lengua —dice de la poesía de J. B. Alonso—. ¡Qué sencillez tan elocuente! ¡Qué pureza, que encanto singular!» (54). Bécquer también se queja de que en su tiempo no hay originalidad literaria, que la poesía es oropelosa, sonora, pero vacía. Igualmente coincide en que la verdadera poesía es la popular, la que brota del alma desnuda de artificio, como la de su amigo Augusto Ferrán:

> Hay una poesía magnífica y sonora, una poesía hija de la meditación y el arte, que se engalana con todas las pompas de la lengua, habla a la imaginación...
>
> Hay otra natural, breve, seca, que brota del alma como una chispa eléctrica, que hiere el sentimiento con una palabra y huye, y desnuda de artificio, desembarazada dentro de una forma libre...
>
> La primera tiene un valor dado: es la poesía de todo el mundo.
>
> La segunda carece de medida absoluta; adquiere las proporciones de la imaginación que impresiona: puede llamarse la poesía de los poetas (55).

Después de Bécquer los del 98 encuentran los mismos defectos en la literatura nacional y defienden los mismos principios. La tendencia es traducir del francés o leer directamente libros franceses; como dice Azorín, todas las librerías de Madrid son francesas. Los libros españoles

(54) Larra: «Poesías de J. B. Alonso», *op. cit.*, p. 943.
(55) Bécquer: «Prólogo a 'La soledad'», *op. cit.*, pp. 701-702.

no se escriben ni se venden, y los pocos que se escriben están en un estilo barroco, por así decir, que se parece al de los eclesiásticos del siglo XVIII, llenos de vocablos extraños, traídos a repelo. Eso no es escribir; eso no es estilo, no es arte, no es literatura; estilo es todo lo contrario:

> ... el estilo *no es nada* —dice Azorín—. El estilo es escribir de tal modo que quien lea piense: «Esto no es nada.» Que piense: «Esto lo hago yo.» Y que, sin embargo, no pueda hacer eso tan sencillo... (56).

¡Qué afinidad tan grande existe entre todos estos ensayistas! Todos vienen a decir lo mismo: la literatura es el alma popular, la sencillez y la propiedad de expresión: «Si el estilo explica fielmente y con propiedad lo que se siente, es bueno» (57).

Indudablemente Bécquer periodista se conecta en el pasado con Larra y sirve de eslabón que lo une con el futuro, principalmente con los del grupo del 98 y sus continuadores. Los distingue, entre otras cosas, el hecho de que tanto «Fígaro» como los del 98 no tienen esperanza en el futuro de España, sobre todo aquél, que, por perder la esperanza en ese futuro, se quita la vida. Bécquer, sí, confía en el porvenir de España, aunque desconoce cuándo se levantará algo positivo sobre las ruinas del presente. Todos ellos sienten por igual un gran dolor por el estado de la patria en el pasado y en el presente, y a los que no tienen esperanza en el futuro también les duele éste, aunque menos. El estudio permite afirmar además la noble y tenaz persistencia del tema de España en la obra principalmente ensayística de Bécquer, la cual sirve de fundamento de unidad a su prosa, formando una obra cerrada bajo la apariencia dispersa de esos múltiples artículos de periódico.

LUIS LORENZO-RIVERO
Department of Languages
University of Utah
SALT LAKE CITY,
UTAH 84112 (USA)

(56) AZORÍN: «Un pueblecito», *Obras*, vol. III, p. 543.
(57) *Ibíd.*, p. 544.